

# El jarrón

C. R. Villanueva



Image not found.

## Capítulo 1

Abrió los ojos de nuevo. Aquel pequeño jarrón parecía que la observara. Si lo dejaba de mirar sentía su presencia, si lo miraba fijamente parecía moverse.

Se fijó bien, era como una vasija romana. De color marrón oscuro y con detalles dorados. Era demasiado cargado, no pegaba con la decoración, pensó amargamente.

Suspiró. Sintió algo detrás de ella, una mano sobre el hombro.

Giró la cabeza, allí estaba aquel hombre. No lo podía creer. Qué hacía allí su padre después de tantos años, después de tantos reproches.

Le dijo las palabras que se esperaban en aquel momento. Aquellas palabras vacías, esas palabras que no consuelan a nadie. Ella las aceptó con una sonrisa forzada y vio como se alejaba por el pasillo.

De nuevo sola con ese jarrón.

Ahora que lo miraba, le parecía horrible. Era horrendo.

Sí hubiera sido por ella no lo habría elegido marrón, ni con esos detalles dorados, pero a él le gustaba la extravagancia. Incluso para la ropa, le gustaba vestir llamativo, llamando la atención. Sonrió para sí misma, recordando la primera vez que lo vio sentado en el parque. Toqueteando un iPad de última generación. El sol le arrancaba destellos dorados a su pelo despeinado. Tenía algo de barba. Cuando lo miró supo que no estaba a su alcance que no era para ella, pero de pronto sus ojos azules se posaron en ella y sonrió. Aquella sonrisa fue como una descarga eléctrica.

Unas gruesas lagrimas resbalaron por su mejilla. Estaban calientes, como su contacto.

Cómo cuando la tocaba. Fijó sus ojos en aquel jarrón. Alargó la mano y con los dedos tocó la superficie lisa y fría de la urna.

Cómo había llegado a eso, cómo podía haberse reducido tanto. Rodeó la pequeña urna con sus manos y la fue deslizando hasta llevarla hasta su pecho. La estrechó entre sus brazos y los sollozos volvieron de nuevo. Aquel sonido intermitente y desgarrador apareció de nuevo rompiendo el silencio.

Cómo podía haberla dejado sola, cómo había tenido el valor de marcharse

así, por qué se atrevió.

Abrió la tapa con furia y metió los dedos entre las cenizas. Estaban frías y secas. Era como meter la mano entre la arena fina de la playa.

Cogió un puñado y se lo acercó a la nariz. Eso no olía a él. Eso ya no era él.

Lo maldijo. Abrió la mano y las cenizas cayeron sobre la alfombra.

Separó la urna de su pecho y sin perderla de vista la colocó suavemente sobre la mesa. Se quedó mirándola fijamente. Su boca se torció y en su mirada brilló la malicia. La volcó con un ligero empujón y las cenizas se extendieron por toda la mesa levantando un ligero polvo que se disipó entre los rayos del sol.

Apoyó el mentón en la mesa y observó al sol arrancar destellos dorados de las cenizas. Parpadeó varias veces, entrecerró los ojos, allí estaba ese color, su color. Alargó la mano, extendiendo un dedo y las movió.

Esperó, no supo muy bien porque, pero esperó.

Volvió a moverlas. Sonrió. Podía formar figuras. Comenzó a mover el dedo de forma concéntrica. Con el otro dedo fue formando un montoncito, sintiendo las cenizas entre sus dedos. Una carcajada se escapó de su boca.

Sin darse cuenta estaba formando palabras, como aquel día en la playa. Ella miraba como él tomaba las olas, como manejaba aquella tabla. Había estado manoseando la arena cuando las palabras fluyeron en su mente y comenzó a dibujarlas en la arena. Cuando llegó, había descrito sus movimientos, sus subidas y bajadas, sus éxitos sobre la naturaleza, sobre el mar. Él sonrió.

Aún sonreía cuando tomó aquel montón de cenizas entre sus manos. Las elevó hasta que el sol las cubrió con su calor y su luz.

Elevó la vista y abrió lentamente las manos sobre su cabeza.

Cerró los ojos y dejó que aquellas pequeñas partículas la acariciaran como lo habían hecho sus manos. Cómo la primera vez que sus dedos la tocaron recorriendo cada centímetro de su piel. Jamás se iría de su cabeza. Era como tener sus manos tocando su piel, su aliento contra el cuello.

Aquellas minúsculas caricias, eran un tesoro. Quería más, quería sentir más. Abrió los ojos. Una idea comenzó a brillar en su mente. Sus labios se torcieron hacia la derecha. Sintió un cosquilleo en la nuca. Se sentía como

cuando era niña.

Apoyó ambas manos sobre la mesa. Empujó la silla hacia atrás y posó la rodilla desnuda en la mesa para impulsarse. Elevándose como una pluma saltó a la mesa. Observó las cenizas más de cerca. Arrodillada las miró desde la altura. No dejaba de sonreír. Susurró algo y se dejó caer. Suspiró.

Era como estar con él de nuevo.

Su piel, sus manos, sus besos. Allí estaban.

Su calor.

Gimió.

Se tumbó boca arriba y con ambas manos se cubrió con las cenizas.